

VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires, 2007.

La grieta en el muro.

Rodolfo Oscar Rodríguez.

Cita:

Rodolfo Oscar Rodríguez (2007). *La grieta en el muro*. VII Jornadas de Sociología. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-106/33>

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.

La grieta en el muro

Rodolfo Oscar Rodríguez

Carrera de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, UBA. Centro Universitario Devoto (CUD).

I.-

Escribo en un aula del Centro Universitario Devoto, ubicado en la cárcel homónima del barrio homónimo de esta ciudad que se declara autónoma. Como fondo, los gritos de protesta de compañeros del pabellón celular 3°, extranjeros en su mayoría, que responden como pueden a una incursión del cuerpo de requisa.

El sonido fluye, rebota, se multiplica por una especie de pozo de aire y llega claro y fuerte desde ese tercer piso hasta el CUD.

El cuerpo de requisa ha ingresado a puro escopetazo al lugar luego de media hora de observar desde afuera el desarrollo y desenlace de una pelea a puñaladas entre compañeros peruanos y chilenos. Salen de allí dejando tras de sí una veintena de heridos por golpes de palo y balas de goma, tres o cuatro por arma blanca, y con un cadáver envuelto en manta. Van doce ya los muertos en la cárcel de Devoto en este año, al cabo de unos cien días.

En este penal convivimos poco más de 1.700 personas en diecisiete pabellones o pisos. Posiblemente cedas, oh lector de cuadros estadísticos del INDEC en los diarios, a la tentación de distribuir mentalmente a cien personas por pabellón. Pues no es así: cada pabellón tiene 80 camas y la población está distribuida de modo tal que cuatro de éstos pabellones albergan a unas doscientas personas cada uno, con la lógica consecuencia de que ciento veinte duermen en el piso. Los novecientos restantes se reparten en nueve pisos de aproximadamente ochenta hombres cada uno y cuatro más que contienen unos sesenta.

Aclararemos que a la fecha se encuentran en refacción cuatro pabellones más que, por esa razón, no están habitados.

De los diecisiete pisos mencionados, cinco están categorizados como altamente conflictivos por la autoridad penitenciaria, lo que en términos de control vigilancia y represión significa mayor dureza, y a la vez casi nulas posibilidades del tratamiento de resocialización de aplicación institucional. Una población diferenciada, excluida por decisión institucional dentro de la población carcelaria. En estos pabellones se ha producido el 90% de las muertes.

II.-

La violencia entre pares es un fenómeno creciente y alarmante en este sector de la cárcel, y viene en yunta con otro: la casi absoluta sumisión al ordenamiento institucional de la vida intramuros, traducido en una total falta de

organización, y la ignorancia y apatía respecto de los derechos más elementales del detenido.

Esto en el marco de una política de seguridad y control de las poblaciones que implica la localización de zonas vulnerables en el sentido de que en ellas se ha decidido no ceder, aplicar sanciones más despiadadas e intensas ante la protesta. Esto es observable en las calles argentinas y también en la cárcel de Devoto. En el afuera coexisten las villas, los barrios humildes y de clase media, y también los barrios privados y countries. Los conflictos difieren en cada zona así como los modos en que se expresa la conflictividad social, y por tanto también la intervención del Estado en el conflicto en cada lugar, sin olvidar que en la misma autopista o avenida que el bacán y el trabajador transitan motorizados, también los desocupados o vecinos en protesta pueden ser salvajemente reprimidos.

En el universo carcelario, y también en dimensiones de tiempo y espacio que se cruzan, coexisten esa zona vulnerable de los pabellones “altamente conflictivos” con los de “conducta medianamente adaptable” y los pabellones “de estudiantes y trabajadores”, y también los pabellones “VIP”.

Dejando de lado a los VIP, que salvo excepciones no llegan a mezclarse con la llamada población común, diremos que los pisos o pabellones de las categorías mencionadas en segundo y tercer término soportan el mismo umbral de medidas de seguridad generales, pero están mucho menos expuestos que los pisos “conflictivos” a la represión y a la exclusión respecto de los derechos a los que un detenido puede acceder dentro del esquema de tratamiento de resocialización normado por la Ley de Ejecución de la Pena, y que el discurso instalado aquí nombra como “beneficios”.

Además, fuera de los pabellones o pisos conflictivos los carceleros conceden de hecho un relativo nivel de tolerancia respecto de algunos ilegalismos en la medida que son funcionales a la reproducción de las condiciones de existencia y al mantenimiento de cierta relación de fuerzas que implican el control y la dominación.

III.-

Creo que a esta altura no estará de más aclarar que junto a los objetivos estratégicos principales que podríamos adjudicar a la cárcel (encerrar al disidente, excluir al delincuente, fabricar o reproducir delincuencia reincidente funcional al sistema), hay otro objetivo casi nunca nombrado pero presente en el pensamiento y la actividad concreta cotidiana del personal y la institución penitenciarios: el que nadie se escape de la cárcel. Muros adentro y en lo cotidiano, la eficacia de las tácticas de control y dominación se expresa en el terrible vacío que en los últimos años crece como un agujero negro en el alma de los detenidos: La ausencia de planes de fuga. De hecho, hace más de diez años que en las grandes cárceles federales o provinciales no se concreta una fuga organizada.

Si en algún punto, de alguna manera hiciéramos una concesión a la filosofía clásica y aceptáramos que existe una Idea universal, una aspiración de todos los hombres, creo que esta sería el ansia de libertad. Veinte años de encierro y

toda la literatura occidental me habilitan a sostener que la fantasía del escape está presente en el sueño y la vigilia del preso. Ahora bien, tentadas o exitosas, las fugas organizadas salpicaron la historia de las cárceles argentinas durante todo el siglo pasado. Y la mayoría de ellas se llevaron a cabo con ninguna o mínima violencia en las personas.

Es notorio como al interior del diagrama de seguridad del poder, ciertas técnicas funcionando en el marco de un dispositivo disciplinario como lo es la cárcel van modelando y constituyendo sujetos dóciles respecto de relación del cuerpo con el encierro; y en ese marco, cómo la búsqueda de la libertad se va reformulando inconcientemente y la fuga troca en suicidio. Como un efecto no deseado (al menos no deseado a priori desde la política del Estado como objetivo estratégico), la violencia entre pares se potencia. Hoy los hombres aquí están buscando, lo sepan o no, la negación del encierro no por el túnel libertario sino por el camino de la muerte. Muerte que es la muerte concreta individual y al mismo tiempo pequeña gran muerte cotidiana del colectivo, en cuanto opera además como desarticulador de la solidaridad y de los sentimientos de pertenencia.

En el mismo sentido de fragmentación y despersonalización del sujeto y de ruptura del colectivo operan tanto los psicofármacos que con total liviandad recetan los psiquiatras penitenciarios, como la llamada pasta base de cocaína, el paco y otras drogas, de notable circulación intramuros.

Este efecto de violencia real y simbólica entre pares y contra sí mismo, es reflejo de la violencia creciente entre los sectores excluidos del afuera en la vida cotidiana. Pobres contra pobres, en modos de relación atravesados por la presencia de lo destructivo, del thanatos, de la pulsión de muerte. Es un hecho que un importante porcentaje de los detenidos por delitos contra la propiedad en el sistema federal de prisiones está comprendido en la franja etárea de entre los 20 y 30 años, y que, además del resaltado blumberguiano que de ello hacen los medios periodísticos, estos delitos son cada vez más violentos.

Una hipótesis?: existe una violencia policíaca desmedida, contra la cual la delincuencia no podría menos que pertrecharse en el nivel más aproximado posible, o viceversa si invertimos los términos; pero sospechando de la causalidad lineal que habilita el disparo hacia un remedo de la teoría de los dos demonios, nos permitimos decir que lo violento de las acciones es mas bien la expresión de una fuga hacia delante, hacia el choque mortal en todo caso, en cuanto la realidad del afuera no es (salvando las distancias) menos opresiva que la del encierro, al menos en términos de improbabilidad de salida para los sectores excluidos. En términos de rabia y resentimiento. Sobre todo, habida cuenta de que lo que desde aquí nosotros entendemos como "delincuencia" hoy en Argentina no es ni con mucho un tipo de delincuencia profesional ni organizada. Hablo de niños y adolescentes, de jóvenes de ambos sexos que no vislumbran un futuro.

En la franja más pobre del cuerpo social, se nota un crecimiento alarmante del consumo de paco y otros tóxicos baratos y ultra destructivos, con el consecuente deterioro mental personal y de los lazos afectivos y sociales. A la vez y en cierto modo encadenada a estas prácticas, es notoria la participación

cada vez mayor de jóvenes de condición humilde en ilegalismos punibles con prisión, con la consecuente absorción de los mismos por parte del sistema judicial y carcelario, inmejorable dispositivo de reproducción de las condiciones y relaciones sociales que le proveen de materia prima.

Los delitos están atravesados por la violencia como nunca antes se había notado. Y al mismo tiempo, tal violencia se desata entre pobres, tanto en un alto porcentaje de los delitos contra la propiedad como en los combates en las canchas de fútbol, las disputas territoriales de pequeñas y medianas bandas de narcos en las villas y barrios humildes, etc. De la misma manera, la violencia campea en la vida cotidiana, en los modos de relación y en cada ámbito de actividades: la escuela, la calle, los hogares.

Por lo demás, ya no sólo la ausencia de un pensamiento crítico: todo un combo de apatía, desinterés por la realidad social, mediocridad intelectual y pobreza cultural parece ser el común denominador de una franja de esta generación, que viene quedando afuera de los circuitos regulares de consumo. Lo muestran las actitudes de descreimiento y falta de compromiso real en los conflictos sociales, como reclamos barriales, estudiantiles, laborales, etc.; los discursos vacíos de contenido y el uso de expresiones estereotipadas en la conversación cotidiana, la ignorancia respecto de personajes y sucesos trascendentes de la historia más reciente del país, etc.

Esta observación suele dar paso a la pregunta: Es que los jóvenes no se dan cuenta de lo que sucede a su alrededor, no les importa lo que pase con sus vidas y con la sociedad en que viven? No les importa la historia, etc.?

Entre la mentada muerte de las ideologías, fin de la historia, e imperio de la postmodernidad, los lugares comunes y razonamientos simplistas vienen ganando terreno en estos últimos años. En este marco no es poco frecuente registrar en parte de la sociedad argentina una cierta tendencia a considerar que tenemos hoy una juventud estupidizada.

Esta idea surge del preconceito de que todo tiempo pasado fue mejor, y por extensión, que la juventud “de antes” era más piola ideológicamente, inteligente, conciente y rebelde (“con causa”) que la actual.

La idea equivocada es que esta es una generación de boludos, y no es cierto. Lo que tenemos hoy son condiciones de posibilidad y de decibilidad que determinan la emergencia de un cierto tipo de discurso, de prácticas discursivas que desde casi todos los foros responsabilizan a los humildes, los desposeídos, los excluidos de todas edades pero sobre todo a los jóvenes, de las miserias de todo tipo con las que deben vivir.

Estos discursos son posibles en el marco de una etapa del capitalismo en que la hegemonía del capital financiero por sobre el de producción viene posibilitando en Argentina la precarización del empleo y la prescindibilidad de los trabajadores desde hace ya más de diez años. En este cuadro han nacido y crecido los jóvenes que hoy trabajan (cuando consiguen trabajo) de repositorios en cadenas de supermercados, de telefonistas en los “call centers”, y otros lugares de igual “flexibilidad” laboral, de explotación extrema. Cuando no, dependen del clientelismo de los planes trabajar y otros del mismo estilo.

Aún así, dentro de esta inmanencia surgen emprendimientos autogestivos, se recuperan en manos de los trabajadores empresas vaciadas y fundidas, emergen permanentemente por las fisuras del sistema nuevos brotes en los que los jóvenes son también protagonistas, así en el campo de lo productivo como en el de lo cultural.

Surgen, eso sí, como un efecto no deseado.

IV.-

La presencia del CUD en la cárcel de Devoto, su existencia misma, responde también a un efecto no deseado, propio del azar en tanto contingencia, resultado de las luchas que no responde al determinismo, a la inmanencia.

Mucho se ha escrito ya sobre el “nacimiento” del CUD en 1985, su generación a partir de ciertas condiciones que posibilitaron su emergencia en el marco de la democracia recién iniciada, de un descuido político del SPF, la iniciativa de un reducido grupo de compañeros, la fuerte apuesta al proyecto de parte de un sector de la UBA, etc. En aquél momento y en el marco del diagrama disciplinario y la educación como técnica (entre otras), y la estrategia o el objetivo estratégico de la construcción de cuerpos dóciles, la emergencia del CUD posibilitó a su vez la generación de un territorio contestatario, desde el cual cuestionar y resistir a aquél objetivo. A lo largo de veintidós años esta impronta fundacional se vio por momentos desdibujada o reforzada en distintas etapas. Creo que hoy estamos atravesando una etapa en la que formamos parte –pertenece- a la población sometida en el sentido de que respondemos a la estadística en términos de obediencia y adaptación al mandato o lo esperable en cuanto a las “normas de conducta y pautas de convivencia”. Se diría que estamos en cierto modo institucionalizados. Eso en general es, diríamos, una mirada autocrítica.

De todos modos, aún cuando esto significa el deterioro del sentido fundacional y primero del CUD como espacio de resistencia, dentro de ese marco existe aún la fisura y se siguen generando desde este territorio propuestas de resistencia que se concretan. Sobran ejemplos; para no abundar, mencionamos la interposición de un recurso de Hábeas Corpus contra la requisa vaginal de la visita femenina (elaborado fundamentado presentado y defendido en sede judicial por compañeros estudiantes de derecho y egresados de la carrera detenidos), que generó que se rompiera con una práctica institucional vejatoria de cien años por obra de una resolución judicial. En este sentido, creemos que las relaciones de fuerzas, la heterogeneidad en cuanto a la circulación de más de un discurso y de prácticas discursivas alternativas y anónimas, la circulación de voces sin nombre, sin rostro y sin cargos oficiales, forman las condiciones de emergencia de acciones concretas de resistencia y de posibilidad de transformación de lo dado.

V.-

Por otra parte el Estado a través del Ministerio de Justicia y el SPF sostiene hacia el afuera e intenta instalar también hacia el adentro un discurso de apropiación, de cooptación del CUD como espacio ya institucional dentro de su

estructura, y generar a partir de esa práctica discursiva nuevas prácticas de cuerpos sometidos. Esto a través, entre otras tácticas, de la habilitación de pabellones de estudiantes que pretenden constituir en algo así como countries coexistentes con la villa, en el intento de diferenciar claramente dos tipos de población, la de aquellos que pertenecen y la de los excluidos, que deberán parecer y aparecer ante el mundo y sobre todo ante sí mismos como responsables únicos de su exclusión.

Notoriamente la política penitenciaria en este punto consiste en responder a la reivindicación histórica de mejores condiciones habitacionales (cuando la presión de organismos internacionales y nacionales de DDHH respecto de los reclamos por las condiciones de hacinamiento e insalubridad se torna insoportable) con esta medida propia de un dispositivo de seguridad, y de enfrentar el acontecimiento desde el “arte de gobernar”, la gubernamentalidad.

En los albores de este “arte de gobernar” en base al control de las poblaciones que hoy vemos extendido en todo el planeta, en la Europa en el Siglo XVIII, algunos gobiernos como el francés enfrentaron así fenómeno de la carestía, escasez y hambre: quedaba disociado el acontecimiento, desapareciendo como flagelo “...pero la penuria que hace morir a los individuos no sólo no desaparece sino que no debe desaparecer. Dentro del propio saber-poder, dentro de la propia tecnología... ...tendremos ese corte entre el nivel pertinente de la población y el nivel no pertinente, o bien simplemente el nivel instrumental... ...después de todo, bien puede ser que algunos se mueran de hambre”¹

Bien puede ser que algunos se mueran.

Esa parece ser la frase clave, dicha o no dicha pero presente como un eje insoslayable en el discurso instalado. La muerte estremece y espanta, pero la muerte de los excluidos tiene la resonancia de lo aceptable.

Aceptable para policías y penitenciaros, nadie se asombrará de esto. Pero también aceptable para jueces de la Nación: jueces que rechazan sistemáticamente recursos interpuestos contra prácticas institucionales aberrantes que agravan las condiciones de detención. Jueces de la Cámara de Casación Penal que se niegan a encarcelar a genocidas, al mismo tiempo que confirman sistemáticamente fallos condenatorios viciados de inconstitucionalidad cuando se trata de presos “comunes”.

Pero la muerte de los excluidos en las calles y en las cárceles se viene constituyendo en aceptable también para una gran parte de la ciudadanía. Y esto cada vez asombra menos.

En esta compleja trama de significaciones en la que vivimos, en esta realidad a veces tan dura y angustiante en la que todos, de ambos lados del muro, navegamos como podemos la mayor de las veces contra la corriente, el discurso –los discursos- nos atraviesan con tanta sutileza y propiedad que nos constituimos en portadores sin saberlo de aquello mismo que nos mata.

VI.-

¹ M. Foucault, “Seguridad, territorio, población: Curso en el College de France:1977-1978” FCE, 2006 págs 62-63

...no hay solución, hermano. La propia idea de “solución” es un error. ¿Ya vio el tamaño de las 560 villas miserias de Río? ¿Anduvo en helicóptero sobre la periferia de San Pablo? ¿Solución, cómo? Ustedes son los que tienen miedo de morir, yo no. La muerte para nosotros es la comida diaria. No hay más proletarios y explotadores. Hay una tercera cosa creciendo allí afuera, cultivada en el barro, educándose en el analfabetismo, diplomándose en las cárceles, como un Alien escondido en los riñones de la ciudad. Mis comandados son una mutación de la especie social. Son hongos de un gran error sucio. Estamos todos en el centro de lo insoluble. Sólo que nosotros vivimos de él y ustedes no tienen salida. Sólo la mierda. Y nosotros trabajamos dentro de ella. Entiéndame hermano, no hay solución”

(Marcos Camacho (a) Marcola) De entrevista en la Red O Globo, Mayo 2006.

Contra Marcola, diré que si bien es cierto que no estamos jamás fuera de las redes del poder, también lo es que toda relación de poder implica, por definición, una resistencia.

Que allí donde se da forma y contenido a las políticas de seguridad que se aplican dentro y fuera de las cárceles, importa poco o nada la acumulación de muertos anónimos y pobres.

Que no sé si habrá o no solución a tanta muerte sin sentido, y que en todo caso no podría proponerla desde una visión con pretensiones de totalidad científica, aunque pienso que el mundo podría ser un lugar maravilloso con sólo borrar de su faz toda opresión e injusticia.

Que con los compañeros detenidos estudiantes en Devoto apostamos sí a la posibilidad de actuar la contingencia, a la posibilidad de agrandar la grieta en el muro desde una ética alternativa, cotidiana, minúscula si se quiere, gota a gota sin pretensiones de revolución “ya”. Con pretensiones de cambio permanente.

VII.-

Firmar una ponencia no es erigirse en un sujeto productor de algo particular en el sentido de una creación propia. Quien se hace cargo de estas palabras no es sino una variable del discurso, portador y efecto de un conjunto de relaciones de fuerza que determinan ciertas condiciones de decibilidad, de posibilidad de emergencia. Para bien o para mal estoy viviendo, junto con los compañeros, esto mismo de lo cual hablo y al mismo tiempo soy (y somos) muchas otras cosas además de presos y estudiantes, y desde esos muchos otros lugares estamos diciendo.

Desde aquí emergen voces.

Incluso desde la cárcel, este sitio de cuerpos y almas sitiados por los cuatro vientos, este infame laboratorio donde todo tipo de profesionales universitarios – psicólogos, trabajadores sociales, médicos, criminólogos, etc.- experimentan día a día la eficacia de las técnicas de dominación y control; desde la cárcel, decimos, pueden emerger voces y prácticas discursivas anónimas, cotidianas, aquellas que quizás no figurarán nunca en los anales de la Historia de las políticas penitenciarias en Argentina, pero que de algún modo, en alguna medida, forman las condiciones de emergencia de sucesos concretos de resistencia y posibilidad de transformación de la realidad opresiva del encierro.

Del mismo modo prácticas, discursos, voces legítimas y alternativas que valdría la pena escuchar, emergen permanentemente en todo lugar.
Pasa todo el tiempo. Sólo hay que tener el oído dispuesto.

Fuentes:

Resolución fecha 01/11/07, Jueza Wilma López, Juzgado de Instrucción en lo Criminal N° 38, Causa N° 69.660/06 S/Acción de Hábeas Corpus.

Folha de Sao Paulo, edición 02/04/06.-

Bibliografía:

Murillo, S. (1996), *El discurso de Foucault: Estado, locura y anormalidad en la construcción del individuo moderno*, Buenos Aires: Oficina de Publicaciones del CBC.